

En Inglaterra, el Parlamento es soberano: Lo puede todo —según frase de Bagehot— menos convertir un hombre en mujer, o recíprocamente. En otros viejos países representativos, en los que se niega al Parlamento la soberanía propiamente dicha, se está de acuerdo sin embargo en reconocerle la prioridad entre los órganos del Estado. Tal es, en el proyecto, la significación del artículo 30: “El órgano supremo del Estado de la U. R. S. S. es el Consejo supremo de la U. R. S. S.— Todo lo cual es de una perfecta corrección.

Como en Suiza, el poder ejecutivo será aquí colegiado. Este colegio gubernamental es numeroso: comprende 37 miembros; nuestra Constitución montañesa se contentó con 24. Las decisiones serán tomadas corporativamente; pues el Consejo no tiene jefe. Podrá, esto sí, designar a uno de sus miembros para el encauzamiento de los debates.

Estrechamente ligado con el Parlamento, puede decirse que será una emanación de él: las dos Cámaras habrán de nombrarlo en sesión común. Notemos, además, que se halla investido del derecho de disolución, un derecho de que carecen, por ejemplo, el Presidente de los Estados Unidos y el Consejo helvético. En caso de desacuerdo entre ambas Cámaras, el Consejo estará autorizado para disolverlas y convocar a los electores para nuevas designaciones. Y añade la Constitución, que el Consejo será “responsable” de todas sus actividades casi ante el Parlamento. Tal responsabilidad, por lo demás, no llega casi a definirse. Los miembros de las Asambleas poseen el derecho de interpellar al *Presidium*.

Esta construcción estatal, a primera vista, quizá recuerde al lector no prevenido la que estuvo vigente en Prusia en los días de Weimar. Más ¿qué papel le corresponde a Stalin? ¿Qué lugar va a dejarsele? No vemos que se le deje lugar alguno. Y esta es, justamente, una de las razones que nos hacen sospechar que algo se oculta del texto del proyecto. (Continuará).

Erasmus de Rotterdam

P o r A Z O R I N

EN la noche del 11 al 12 de julio de 1536, expiró Desiderio Erasmo. El IV centenario de la muerte de Erasmo se cumple, por lo tanto, este año. Invita a meditar sobre la actitud del humanista esa fecha memorable. ¿Cuál fue en la vida la actitud de Erasmo? Erasmo niño no era nada. Su padre fue un clérigo. Tuvó el hijo antes de ser ordenado. Su madre fue una mujer desconocida. Los padres de Erasmo murieron durante la niñez del humanista. El padre se llamaba Gerardo; el hijo se llamó también Gerardo. A uso de nuestra Mancha—y de otros parajes—a este niño se le llamaba Gerardo el de Gerardo. El humanista adoptó un seudónimo: el de Desiderio Erasmo. Era Desiderio inteligente por modo sumo. Su salud adolecía de precaria. Delicadísimo en el cuerpo, vivísimo en la luz mental, Erasmo

se plantea a sí mismo un emocionante problema. Posee caudalosa erudición. Conoce varias lenguas sabias. La pluma la maneja hábil y elegantemente. Su prosa es clara, límpida y precisa. Ante Desiderio se abre el panorama de la vida. Gracias a su inteligencia ha ido poco a poco elevándose en consideración social. Vivió siendo niño en un monasterio. Guarda de su antiguo encerramiento monástico el gusto vivo—como Ernesto Renán—por las cosas espirituales. Le tienta la acción, y su centextura física no le permite intervenir en las agitaciones humanas. Ha viajado por toda Europa. Conoce Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Suiza. En todas partes ha granjeado valiosas amistades. Le estiman reyes, cardenales, grandes señores. Dos o tres pontífices han sido amigos dilectos suyos. El problema de Erasmo consiste en tener un vivo amor a la libertad y en verse rodeado al propio tiempo por un ambiente de coacción social. A su libertad intelectual no puede renunciar Erasmo. La coacción que representan usos, prácticas y sentimientos tradicionales no puede por Erasmo ser destruída.

Y, sin embargo, es preciso pensar. Y pensar con libertad. Para llegar a este resultado, Erasmo se crea una patria ficticia. No reniega de sus compatriotas. A Holanda no la olvida en su cariño. Del pueblo holandés dice Erasmo que “no lo hay más humano, aunque esté rodeado por todas partes de razas incultas”. Pero si Erasmo, inteligente, libre, hubiese permanecido en Holanda, viviendo en un reducido círculo de amigos, sintiéndose solidario con estos compatriotas, sujeto a sus modos peculiares de ser, el humanista no hubiera podido desenvolverse con la bella libertad con que lo hizo. Había, por lo tanto, que romper con los vínculos de la patria originaria. Del pueblo en que naciera, desentendiéndose del ambiente tradicionalista, tenía Erasmo que elevarse a una región universal. En diversos países europeos estaban sus más valiosas amistades. En las más cultas naciones de Europa se le quería y admiraba. Erasmo, fino y sutil, se crea para su provecho, en bien de la inteligencia humana, inderogable en sus derechos, una patria ideal. En esa patria vive. En esa patria puede escribir lo que escribe. Desde lo alto, ajeno a las pasiones de partidos y patria. Erasmo asiste como espectador a las luchas de su tiempo. Se busca su trato en todas las selectas reuniones. Su conversación es delicada e ingenua. Como todos los hombres “europeos”, sabe Erasmo anécdotas, lances y sucedidos atañaderos a reyes y magnates. En alguno de sus “Diálogos” se complace en contarlos. Si Rousseau puso el origen de la sociedad en el contrato, Erasmo lo pone en la conversación. “Nada que tanto concilie, conserve y establezca la amistad entre los hombres como la conversación—escribe el humanista—. La conversación es la que ha congregado en las ciudades los hombres, antes dispersos como fieras, y la conversación ha unido ciudades a ciudades y naciones a naciones”.

No interviene Erasmo en las luchas que desgarran el siglo. Ni se entrega a la Iglesia ni cede a los requerimientos de Lutero. En su coloquio entre un cartujo y un militar. Erasmo habla de la

limitación que se impone el cartujo. "Me imagino—dice el monje—que el mundo está encerrado en estas cuatro paredes". Y después añade: "¿Por qué llamarías tú a esto soledad? La conversación de un solo amigo destierra la soledad. Tengo aquí algunos compañeros que están al corriente de todo". Estos amigos son los libros. El monje se impone la limitación en cuanto al espacio. Erasmo viajero incansable, curioso de todos los pueblos se la impone en cuanto a la acción. La acción le está vedada. La fragilidad de su salud haría que al intervenir, se produjese de pronto en su organismo un doloroso desequilibrio. No podría seguir trabajando. De su posición de espectador atento e inteligente, no le sacará nadie. Y luego Erasmo, fino, sensitivo, experimenta horror invencible por todo lo extremado. La violencia se forma indefectible de la extremosidad. Suma de todas las violencias es la guerra. Suma de todos los desequilibrios mentales es la pedantería. Suma de todas las licencias—en su tiempo, en el tiempo de la Reforma y de la Contrarreforma—es el monacato. Las tres obsesiones de Erasmo son, pues, la guerra, los teólogos y los frailes. Todas estas obsesiones le llevan, como contrapartida, al culto del pristino espíritu. Desdeñando el perifoneo de las exterioridades, Erasmo rinde culto a lo íntimo. En Palencia, en Burgos, en Toledo, en Valladolid, se sigue anhelantemente al maestro. Y el maestro teme que los extremos españoles le comprometan.

En casa de su amigo Tomás Moro, en los alrededores de Londres, en días de grato reposo, Erasmo, por chanza, como jugando, escribe el "Elogio de la locura". Esas páginas, con los "Coloquios", es lo que ha quedado, en el cernido de los siglos, de toda su obra eruditísima. El "Elogio de la Locura", como el "Quijote", semeja un libro de refracción. El espejo—esto es, el libro—es una cosa, y la imagen que el espacio refleja es otra. En el "Quijote", el autor se propone combatir una idea. La idea triunfa. En el "Elogio", Erasmo condena la locura, es decir, la ilusión. La ilusión vence. Las grandes obras fructifican en forma que el autor no sospechaba. Ligeramente, con festivo humor, Erasmo va describiendo diversas formas de ilusiones. Hasta mediado el libro, las consideraciones generales se esparcen delicada e ingeniosamente. Poco a poco la pluma se va enardeciendo. No se lo proponía el autor, y la inspiración le arrastra a su pesar. Comienzan los retratos. Desfilan príncipes, grandes señores, cardenales, el propio sumo pontífice. No acabamos de creer lo que estamos leyendo. ¿Será posible que todo esto—que hoy no se podría repetir en ciertos libros, en ciertos periódicos—se haya dicho en el siglo XVI y por un amigo de cardenales, reyes y pontífices? Los teólogos han aparecido ya. El teólogo es el hombre aparatero en su ciencia, artificiosamente sutil, pagado de su sabiduría, enfático, imperativo y farragoso. Para los teólogos verdaderamente finos e inteligentes tiene Erasmo una salvedad. Lo que más detesta Erasmo es la pedantería. El retrato del teólogo está hecho con trazos duros y acerbos. Hemos pasado varias páginas. Han quedado atrás

los teólogos. De pronto, cuando más descuidados estamos, los teólogos vuelven a aparecer. El autor continúa. Son otras ahora sus preocupaciones. Y cuando ya imaginábamos olvidados definitivamente a los teólogos, los teólogos se nos ponen otra vez delante. Diríase que todo el libro, libro de un hombre sobrio y delicado, ha sido escrito en detestación del saber craso. Al final, Erasmo se detiene dudoso. Había comenzado el libro de un modo—dulce modo—y acaba de otro. No podía el autor sospechar que su pluma fuera tan lejos. El mismo Erasmo reconoce que hace rato está "traspasando los límites que se había impuesto".

¿Acaso, con la pluma en la mano, junto a una ventana desde donde se atalaya un verde y suave paisaje, se ha olvidado Erasmo de la tolerancia? La tolerancia ha sido el tema de Erasmo durante toda su vida. La tolerancia, en siglo violentamente agitado, truculento en sus pasiones, ha inspirado a Erasmo las más bellas páginas que haya producido el pensamiento de Europa. ¡Qué profundamente delicado y conmovedor el coloquio "La mujer que se plañía del matrimonio"! Ese diálogo completa expresiva y bellamente el maravilloso tratado de Erasmo sobre el matrimonio cristiano. ¡Admirables mujeres algunas de las que Erasmo pinta en ese coloquio! Pensamos en la mujer de un amigo de Erasmo, Juan Luis Vives. Pensamos en Margarita de Valdaura y en alguna otra mujer de esa misma familia.

En tiempos de ruda intolerancia, intolerancia que alcanza a todos los partidos, bienhechora es, dulcemente bienhechora, la lectura de Erasmo.

(De "Ahora". Madrid).

Sabemos que suscriptores de esta Revista gratuita, UNIVERSIDAD, han dejado de recibir, por motivos que ignoramos, algunos de los números que van publicados.

Suplicamos a estas personas que se sirvan dar el correspondiente aviso—aclarando desde luego su nombre y dirección—al Servicio Editorial de la Universidad Nacional de México. Calle de Bolivia, número 17, México, D. F., a fin de indagar la causa de la deficiencia y corregirla cuanto antes, si está en nuestra mano.

Por nuestra parte, ya nos hemos dirigido sobre el particular al señor Director General de Correos, y estamos seguros de que contaremos con su colaboración muy eficaz.